tó tras las blancas cortinillas que cubrian los cristales.

Aquella noche Clemencia no durmió y Cárlos Labbé decia á sus amigos, sentados con él en derredor de la mesa de un café:

-Tengo en campaña una nueva conquista.

-No,-respondió él, dándose tono.

-¿De dónde la has sacado entonces?

-De las regiones de la decencia.

—¡Quita allá!—exclamó uno de sus íntimos. —¡Bella conquista será esa! ¿De qué te servirá?

-Es una niña muy hermosa.

-Que te cansará á los ocho dias.

-Y muy buena. Working a characture wider

-Entonces te cansará á los cuatro.

-Y de buena familia.

—¡Pensarás casarte con ella!—exclamó asustado otro de los amigos.

Cárlos no respondió nada y quedó pensativo.

onto y consensor erace has once on real de fi had the su fema er director y a consensor de lado openesto; y a consensor de las cultur or consensor de la cultura de la cultura

-¡Me casaré con ella?

Esta era la pregunta que se hacia Cárlos Labbé cuando ya hacia dos meses que iba todos los dias á casa de Clemencia, cuando esta le amaba con todo su corazon, con ese primero y generoso amor que viste al objeto amado de todas las perfecciones y de todos los encantos.

El coronel no se preguntaba eso, sino que se decia con profunda conviccion:

—Se casarán, y mi Clemencia será feliz, porque él es un buen muchacho.

Pasó un mes más, pasaron dos, y Cárlos pasaba tambien más tiempo cada dia al lado de Clemencia.

Sin embargo, ni una palabra hablaba de matrimonio.

Una noche abrió la boca para decirle:

-¡Clemencia, yo quiero casarme contigo!

Ella esperó con ansiedad; pero la frase que habia empezado á pronunciar Cárlos, no llegó á ser pronunciada.

Tomó el sombrero, y salió.

Era una noche de invierno, y llovia agua helada con esa continuidad leve y sostenida que desespera á los transeuntes nerviosos más que el aguacero más furioso; Cárlos andaba cabizbajo y pensativo; eran las once; en vez de ir hácia su casa, se dirigió hácia el lado opuesto, y á una de las calles oscuras y estrechas que cruzan la parte más céntrica de Madrid. Era la calle de la Paz.

Entró en una casa de buena apariencia y subió hasta el piso tercero, tirando allí de la campanilla con la fuerza de una persona que es dueña de la casa, ó que tiene en ella grandes atribuciones.

Una criada abrió y él pasó adelante cantando entre dientes y sin dirigirle una palabra.

—¡La señorita va á acostarse y no recibe!—le gritó la doméstica con acento acre.

-Noimporta, -respondió bruscamente Cárlos.

—Pues sí importa,—repuso la muchacha;—¡y desde luego le advierto que hallará la puerta cerrada!

-¡Lo veremos!—dijo Cárlos con una terquedad grosera.

Y cruzó la antesala y un saloncito tapizado de reps azul.

Al fin de este salon habia una puerta que quiso abrir, pero resistió á sus esfuerzos.

La camarera soltó una carcajada.

—¡Ven aquí y dime lo que pasa!—exclamó Cárlos, cuyas mejillas se habian enrojecido con la púrpura de la cólera.

-No pasa nada, sino que la señorita se cansa de usted, -dijo con descaro la criada.

-¿Por qué?

—La razon está clara: no la dá usted dinero.

-¡No sabes que me tiene arruinado?

-¡Y eso qué?-repuso la muchacha encogiéndose de hombros:-usted se arruina y ella no hace nada con la ruina de usted. —A remediar ese doble mal es á lo que vengo,—dijo Cárlos con una sorda cólera, en la que habia alguna nobleza, por haber tambien no poca amargura. En seguida añadió:

-Rita, dí á Elvira que deseo verla.

La camarera quedó sorprendida y mirando á Cárlos como si no comprendiese lo que éste le decia:

-Vé, añadió éste, poniéndole en la mano una pieza de plata; -vé, que tengo prisa.

Rita salió sin decir una sola palabra, y Cárlos Labbé se puso á medir con desiguales pasos el aposento, pintándose en sus facciones, ya una cólera sorda y violenta, ya un amargo desprecio, ya una malvada alegría.

Poco tardó en volver la camarera: abrió la puerta y dijo á Cárlos:

-La señora espera á usted.

El terminó la vuelta de paseo por la sala que tenia empezada, y despues salió sin apresuramiento alguno por la puerta misma por donde habia aparecido Rita, que le estaba mirando con una sonrisa socarrona y malvada.

Despues de pasar un comedor estrecho, alumbrado, durante el dia, por las ventanas que caian á un patio, pero á la sazon perfectamente á oscuras, Cárlos Labbé se halló ante una puerta cubierta con una cortina, que alzó, hallándose en una estancia que sin duda le era ya muy cono-

cida, pues su extraño aspecto no parecia causarle sensacion alguna.

Reinaba allí un completo desórden; el mueblaje, que era rico, estaba deteriorado y roto; un ancho y cómodo sofá ostentaba asquerosas manchas de pomada en su espalda, y se hallaba lleno de ropas de vestir, lo mismo que todas las sillas, diseminadas por la estancia; el polvo blanqueaba los marcos dorados de algunos cuadros de ningun mérito, pues eran estampas que representaban escenas sacadas del *Ivanhoe*, de Walter Scott, y mal grabadas; no se veia allí ni un libro, ni un cuadro de mérito, ni un piano, ese amigo de las veladas solitarias, ni un ramo de flores, ni nada, en fin, de lo que habla de alma y á la inteligencia, nada de lo que habla de arte y de idealismo.

Solo vivia allí la parte material y grosera; la habitadora de aquella estancia mal amueblada, desprovista de cortinas, desguarnecida de toda belleza, de toda poesía, respondia perfectamente á lo que la rodeaba.

Era una jóven que no podia contar más que veinte años, pero cuyo semblante pintado de blanco y rosa acusaba cinco ó seis más; igualmente pintados estaban sus ojos, que eran hermosos y oscuros, y lo parecian más á causa de las ligeras líneas negras que los circuian; un peinado de extraña complicacion se levantaba

sobre la frente de aquella jóven, estrecha y cargada de cabellos, graciosa y de un corte completamente á la moda, á causa del artificio con que estaban dispuestos los cabellos.

Estaba aún ataviada con un vistoso traje de fondo blanco, listas grana y flecos de los dos colores; sentada delante de una mesa, cubierta aún con los restos de una cena, jugaba con el tenedor y el cuchillo, haciendo saltar las aceitunas sevillanas que aún quedaban en un plato, y mirando hácia el techo con una afectacion de indiferencia muy grande para no ser simulada.

—¡Ah! ¿Eres tú?—exclamó al ver entrar á Cárlos Labbé;—¿qué quieres á estas horas? Iba ya á acostarme; tengo mucho sueño.

—No es mi intencion incomodarte durante largo rato,—dijo el con voz contenida, pero colérica;—solo vengo á decirte dos palabras...

-Ya las espero, -dijo la jóven burlonamente.

-Que me caso.

Saltó ella como si le hubiera herido un dardo invisible; miró á Cárlos con ojos en los que se pintaban el terror y la cólera, y exclamó:

-iNo puede ser!

-Me caso, - repitió Cárlos con una fria crueldad.

—Y entonces, ¿qué es lo que piensas hacer de mí?—dijo Elvira levantándose como una pantera y'asiendo el brazo de Cárlos.

DEL SIGLO.

87

—Olvidarte,—respondió éste.—¡Piensas acaso,—añadió con amargura,— que he de sufrir siempre tu desden, tus coqueterías y los mil suplicios que inventan para mí tu veleidad y tu avaricia? No; ya se acabó; sacudo el yugo que me sujetaba á tí, y lo sacudo para siempre.

-¡Para sujetarte á otro?

-No.

-¿Para sujetarte al del matrimonio?

-Ese no será tan pesado como el tuyo.

—¿Quién sabe?—dijo la jóven dando paso por entre sus apretados dientes á una amarga carcajada. Y aunque le consideres tu salvacion, ¿crees que yo te dejaré llegar á ella?

-No te comprendo, -murmuró Cárlos.

—Sí me comprendes, pues has perdido el color; mas para que me entiendas mejor, oye lo que te aseguro: no te casarás... porque yo lo impediré.

—¡Tú!—exclamó Cárlos con una carcajada,—
¿tú lo impedirás?

-¡Yo, si!

-¿Y de qué modo?

-Ese es mi secreto.

-Escucha, Elvira, dijo Cárlos Labbé con gravedad: si te atraviesas en mi camino, no repararé en los medios de librarme de tí.

La jóven abrió sus grandes ojos y miró con un asombro lleno de amargura al que le hablaba tan duramente. —Sí,—prosiguió Labbé;—yo no obro ahora mal contigo; tenias la firme decision de arrojarme de aquí, segun tu criada me ha dado á entender; así, ¿por qué has de ofenderte de que te deje á mi vez?

-Lo que me ofende, -exclamó Elvira, -es que me dejes para casarte.

—Ese es el fin de la carrera de todos los libertinos; ¿ó acaso pensabas que yo, en cambio de tu abandono, te guardase eterna fidelidad?

Elvira fijó en Cárlos una mirada extraña y fatal; brotó de sus ojos un relámpago sombrío, y aquella llama, lejos de apagarse, permaneció viva y fatídica durante algunos instantes; todas las pasiones malvadas de la mujer que áun en la aurora de la existencia ha sido ya muchas-veces comprada y vendida, pasaron por aquellas pupilas oscuras, grandes y hermosas, y en las cuales, sin embargo, no habia ni dulzura ni inteligencia; solo la malicia vivia detrás de aquellos ojos que el vulgo llamaba hermosos, pero que tenian algo de profundamente repulsivo para las almas buenas; el fúnebre resplandor de la venganza les animaba; y tal fué su expresion y lo osado y pertinaz de la mirada que se fijaba en Cárlos Labbé, que éste, á pesar de no ser capaz de comprender los tumultuosos pensamientos que expresaba, sintió frio en el corazon.

-¡Habla!-dijo para romper aquel silencio;-

¿querias que yo te fuera fiel en cambio de tu abandono?

—Nada me importa de tu fidelidad, —respondió Elvira con un acento más frio que la hoja de un puñal:—lo que queria era despedirte yo, y no que tú te despidieses de mí.

—¡Qué más dá?—repuso Cárlos tomándola una mano.—Elvira, quedemos amigos y separémonos sin amargura.

Cárlos, dicho esto, se levantó para salir; la jóven se levantó tambien, acercóse á él y puso en su brazo su pequeña mano blanca y adornada con algunos brillantes.

—Yo te amaba,—le dijo con voz lenta;—al despedirte de mi casa, queria probarte, y si tu amor á mí hubiera sido una verdad, me hubiera consagrado á tí para siempre.

Cárlos hizo al oir estas palabras un movimiento de espanto, al que la jóven respondió con una amarga sonrisa.

—¡Bonito regalo era mi eterna adhesion! ¿No es verdad?—dijo, traduciendo con su rápida comprension el pensamiento de aquel hombre grosero y exento de toda generosidad; te entiendo, Cárlos, porque sé lo poco que vales; no se me oculta tampoco que el haberte perdido es acaso un gran bien para mí; pero, ¿qué quieres? á pesar de tu escaso ó ningun valor, yo te amaba, y aunque así no fuese, has herido mortalmen-

te mi amor propio; espéralo, pues, todo de mí.

—Haz lo que quieras,—dijo Cárlos Labbé, encogiéndose brutalmente de hombros y dando un paso para salir.

-¿Me desafías?

-¿Piensas acaso que te amo?

—¿Qué desgraciada criatura es la que va á enlazar al tuyo su destino?—preguntó Elvira con melancolía:—¿has ido á buscarla entre las que se me parecen?

-No,-dijo Cárlos con orgullo;-es una niña buena y pura.

-¿Hermosa?

-Como un ángel.

-¿Pobre?

-Tanto como yo.

—Ya te comprendo, —dijo Elvira jugando con la rica leontina de su reloj, —pertenece, como tú, á la clase media; á los que vivís entre el doble martirio de las altas aspiraciones y la escasez de medios. ¡Cuántas infelices y honradas niñas se inmolan con vosotros á un martirio sin fin! Pero veo que estoy filosofando, y es muy tarde, y yo tengo sueño; vete, y si puedes, pon la base del edificio de tu dicha doméstica; la pobreza y yo nos encargaremos de derribarlo, como si fuera un castillo de naipes levantado por la mano de un niño.

Cárlos Labbé se sonrió con un desprecio mez-

clado de incredulidad, y se dirigió de nuevo hácia la puerta, sin otra despedida que un ademan frio y desdeñoso; su obtusa comprension no le permitia ver hasta qué punto dejaba herida á la leona; ella le siguió con una mirada que rebosaba una amarga cólera, y cuando hubo traspuesto el umbral, exclamó:

—¡Ni siquiera me ha implorado por la desgraciada que va á confiarle su destino! ¡Canalla, estúpido! ¡Tú no mereces ni áun mi venganza! ¡Pero yo necesito distraer el fastidio que me devora, y para distraerme... me vengaré!

V.

La boda de Cárlos y de Clemencia se celebró sin pompa alguna; la alegría se hallaba aposentada en tres corazones; en el del coronel, en el de Gracia y en el de la encantadora novia.

De la pobreza á la miseria hay un abismo, y aún no habian caido en él aquellos cuatro séres.

El primer año lo pasó feliz, riente, tranquilo y encantador; todas las flores de la dicha crecian en el alma de la jóven esposa; su belleza temó un carácter sublime; pero aquella belleza era una flor ignorada de todos. Clemencia, que salia muy poco antes de casarse, dejó absolutamente de mostrarse en público despues de casada.

La dicha residia en su casita; ¿á que ir á buscarla fuera de sus blancas paredes? Esto se preguntaba, y pasaba la vida amando á Cárlos, contemplándole y probándole su amor con mil cuidados minuciosos y encantadores.

Una niña vino aun á alegrar á la familia, como un rayo de sol. Octavia era hermosa como su madre. Cárlos la recibió como todos los padres, por frios de corazon que sean, reciben á su primer hijo; despues pareció acostumbrado á su dicha, y su carácter duro y displicente apareció de nuevo, y con más desventajas que antes de casarse.

El lazo conyugal le pesaba; ya no podia dispendiar su sueldo en locuras; aquel módico haber, era el pan de la familia.

Clemencia vió con dolor que su marido dejaba poco á poco de amarla:—Quizá,—pensó,—no me ha amado jamás. Y este pensamiento amargo se aposentó en su corazon como en una morada propia, como un huésped importuno que no queria abandonarla ya.

"¡Qué triste compañero, pero qué fiel es el dolor!"—dice Víctor Hugo:—"si ha hecho pleno conocimiento con vosotros, no os abandona jamás; se sienta á vuestra mesa, ocupa la cabecera de vuestro lecho y toma parte en toda vuestra vida!"

Clemencia vió marchitada su hermosura vir-

ginal bajo el negro soplo de una pena contínua y sin descanso. Como la Cydalisa de Balzac, su figura habia ostentado la pureza ideal de un ángel; pero la mujer apareció bien pronto bajo los raudales del llanto. Su marido no la halló menos divina y más terrenal, sino menos bella; no era capaz aquella grosera inteligencia de explicarse la trasformación que rápidamente se obraba en la belleza de Clemencia; la trasformación, sin embargo, era obra suya.

Como unos seis meses despues del nacimiento de su hija, Clemencia esperó en vano á su marido durante toda la noche: ya hacia mucho tiempo que volvia á las doce, á las dos, y aun á las tres de la mañana, pero al dar las cuatro una angustia mortal se apoderó de la pobre jóven, á quien en vano procuraba Gracia consolar é inspirar alguna tranquilidad.

Cuando Cárlos entró en su casa eran las ocho de la mañana.

-¡Qué te ha sucedido?-exclamó la pobre esposa corriendo hácia él.

-Nada... se puso malo un amigo en el café y me fuí á cuidarle.

-Yo no me he acostado esperándote.

-Muy mal hecho. It was to make all add ab

—¿Y podia yo dormir sin saber lo que te sucedia?

-Procura, pues, acostumbrarte á dormir sin

que yo esté en casa,—dijo Cárlos con dureza.

-¿Sucederá lo de hoy muchas veces?

—Es probable, —respondió bruscamente Cárlos. En efecto; desde aquel dia, por cada noche que el marido de Clemencia iba á dormir á su casa, pasaba cuatro fuera: esta conducta indignó al coronel, que lo llamó un dia y tuvo con él una grave y larga explicacion.

—Yo no te he dado á mi hija para que la hagas desgraciada,—le dijo el severo militar;—cuando no se sabe hacer feliz á una pobre é inocente jóven, es una infamia ligarla para siempre á un destino triste y nebuloso. Cárlos, mira lo que haces, ó te quito á mi hija y á la tuya.

El libertino no se enmendó, y el anciano, devorado por una pena profunda, empezó á languidecer, como la vetusta encina minada por un gusano oculto. Clemencia era lo que más amaba en la tierra, lo único que lo ligaba á la vida, y veia que era para siempre infeliz.

Una noche que Cárlos Labbé salia de una de las casas de juego donde veia amanecer, pasó tocando á una mujer elegantemente vestida, que caminaba lentamente por la misma acera que él; esa mujer iba apoyada en el brazo de un hombre de bella figura, jóven y de un aspecto noble y distinguido.

Aquella mujer llevaba sobre un espléndido LEON traje, una rica capa de raso blanco, guarnecida SITARIA

BIBLIOTEGA UNIVERSITATION SON SEVES!

de armiño; su cabeza, poblada profusamente de rizos negros, ostentaba una belleza ideal. Medio envuelta en una banda de tul blanco, parecia una virgen judía, y sus ojos negri-azules tenian una grandeza, una forma y un brillo completamente orientales.

Acá y allá salian del blanco cendal algunos rizos como madejas de seda batida y luciente.

Cárlos Labbé quedó tan estático ante aquella aparicion como Juan de Leyde, ante sus visiones. Era Elvira.

Elvira convertida en una hermosura ideal cuando él la habia dejado solamente bonita: Elvira, convertida en gran señora, más jóven, más seductora que él la habia visto jamás.

La elegancia brillaba en ella como una prenda natural: su traje azul de dos tonos, con fondo de raso y de brochado de un azul más oscuro, era del gusto más exquisito y más dispendioso; la mano que apoyaba en el brazo de su compañero, estaba cubierta con un rico guante blanco; aquella pareja salia de algun teatro, de algun sarao; pero ¿cómo iban solos? ¿Cómo Elvira concurria á aquellas fiestas? ¿Quién la habia presentado en la buena sociedad?

Todo eso era incomprensible para Cárlos, y por averiguar todo eso sentia una curiosidad terrible, devoradora.

Otra circunstancia llenaba de dudas al anti-

guo adorador de Elvira: ¿cómo con aquel traje y á aquella hora iba á pié? ¿Tendria cerca de allí el carruaje?

En tanto que iba meditando así, Cárlos seguia á la espléndida pareja á lo largo de la calle: Elvira y su compañero hablaban con animacion, ella acompañando lo que decia con ademanes llenos de coquetería y de gracia; con esa cortesía y nobleza que ni aun se olvida por el amor, en las personas de clase elevada y distinguida educacion.

Al doblar la esquina de la calle, y situado en una especie de plazoleta, donde desembocaban otras dos, Cárlos vió parado un carruaje: el cochero, vestido de gala, con calzon, media de seda y zapatos con hebillas, dormitaba en el pescante lo mismo que los lacayos y el pequeño groom, que no pasaba de doce años: era una berlina soberbia, pintada de azul oscuro; forrada de raso blanco y blasonada; el tronco, de yeguas tostadas, valia tres mil duros; las guarniciones, de plata mate, eran del gusto más exquisito y más sencillo; la librea, azul como la berlina, indicaba una gran casa y una gran fortuna.

Al llegar cerca del coche, el compañero de Elvira reparó en el sueño de los criados y pronunció con voz altiva y sonora este nombre inglés:

-¡John!

El grueso cochero saltó sobre su asiento, quedó derecho y grave como un diplomático, arregló con un movimiento maquinal la gran peluca empolvada que le caia hasta la frente, y asió las riendas en su robusta mano.

El groom abrió la portezuela.

Elvira subió la primera, siguió su compañero, cerró el lacayito, subió á su asiento al lado del obeso John, y el carruaje partió al trote de sus briosas yeguas.

Cárlos Labbé habia seguido con absortos ojos todo cuanto sucedia: aquella elegancia, de la que no habia vislumbrado aun la apariencia en toda su miserable vida, le causaba una especie de estupor. Acostumbrado á los modales libres de la cortesana de tercer órden y de las actrices más inferiores de los teatros, sentia como una especie de desvanecimiento al ver la soltura, la elegancia, la exquisita suprema delicadeza con que trataba á Elvira su compañero, delicadeza á la que ella correspondia con otra igual.

Cárlos no sabia ni tener aquellos modales exquisitos, ni hubiera sabido tampoco aceptarlos de nadie, pues se hubiera visto confuso y como fuera de su centro.

En la imposibilidad de seguir al carruaje, optó por volverse á su casa, aunque acosado del humor desapacible del hombre derrotado en su vanidad.

Clemencia le esperaba cosiendo á la luz de un pequeño quinqué; su traje de lana muy modesto y de escaso precio dibujaba admirablemente las exquisitas proporciones de su talle de ninfa; su cabeza de musa brillaba con una gracia resplandeciente bajo el foco de la luz del quinqué; sus manos de marfil se movian ágilmente; cosiendo un trajecito para su niña; un cuellecito alto de tela lisa cerraba su torneada garganta con un collar de blancura inmaculada: hubiérase podido creer, al ver aquella jóven, en otra madre virgen, madre por la naturaleza, pura é inmaculada por la sublime castidad del alma, por la santa y completa ignorancia de todo lo malo, por el candor absoluto del pensamiento.

Cerca de Clemencia, y acostada en una cuna de caoba primorosamente decorada de raso y batista bordada, dormia Octavia Labbé; tenia poco más de un año, y ya su belleza recordaba la de los ángeles de Rubens, el más sublime retratista de los espíritus puros que rodean el trono del Eterno. No dormia la niña; de cuando en cuando alzaba sus párpados de nácar, que tenia entornados, y miraba á su madre, que atraida por una corriente eléctrica, miraba tambien á la niña y le sonreia con una ternura inefable; así habian llegado á la una de la madrugada, y Clemencia, al oir que sonaba esta hora en la pén-

DEL SIGLO.

dola, se admiró de la rapidez con que el tiempo habia trascurrido.

El ruido de una llave que abria la puerta de la escalera la distrajo, y otra nueva y angélica sonrisa se dibujó en sus labios al divisar á su marido.

Este no reparó siquiera en aquel bello y apaoible cuadro doméstico; cruelmente preocupado de su encuentro con Elvira, cuya elevacion en la escala social no podía perdonarle, ni miró á su mujer ni tampoco á su hija.

Dirigióse al sofá y se dejó caer en él sin decir más que esta sola palabra:

-Buenas noches!

—Bien llegado, amigo mio,—dijo jovialmente Clemencia;—voy á darte chocolate; ven al comedor.

—¿Por qué no te has acostado?—preguntó bruscamente Labbé.

—¡Acaso me acuesto nunca antes que tú vuelvas á casa?—preguntó Clemencia admirada:— ¡ni para qué habia de hacerlo? ¡No habia de dormir ni un instante!

—Si crees que me complaces con esos alardes, —dijo Cárlos,—te equivocas; preferiria encontrarte acostada y dormida.

—No es muy tarde,—observó la jóven con timidez,—y además, queria hablarte hoy de una cosa... Clemencia se detuvo cortada y confusa; un vivo color vistió sus blancas mejillas y una luz fugitiva, como el relámpago de la cólera, pasó por sus ojos, dulces y tranquilos siempre como la superficie del mar, cuando está en calma.

—¿Qué es eso?—preguntó severamente el marido, que hacia dos horas solo pensaba en otra mujer:—¿qué te pasa?

—¡Si supieras!...—murmuró la pobre Clemencia, que de rosada se puso roja.

-¡Eso quiero! ¡Habla al instante!

—Pues bien, Cárlos, hay un hombre que hace quince dias me persigue sin descanso.

-¿Y nada me habias dicho?

—Pensé que se cansaria al ver que no le hago caso alguno.

-Y quién es?

-Creo que lleva un título de marqués.

Cárlos hizo un ademan de violenta sorpresa; una corona de marqués superaba el blason del carruaje al cual habia visto subir á Elvira pocos instantes hacia.

—¿Cómo sabes que es un marqués?— preguntó.

-Lo he visto en un carruaje blasonado.

—¿Es jóven?

—De edad mediana, segun he podido comprender en lo poco que lo he visto.

-¿Y cuándo lo ves?-preguntó Cárlos clavan-

DEL SIGLO.

161

do en el bello y puro semblante de Clemencia una iracunda mirada.

Pero aquel dulce rostro permaneció tranquilo; sus ojos, en los que ya se habia apagado el rojo resplandor de la cólera, devolvieron á Cárlos una mirada límpida y serena.

—Le veo,—dijo con voz tranquila y pura como el canto de un ave ;—le veo cuando salgo, cuando me asomo al balcon, siempre; en todas partes; me ha enviado alhajas y no perdona medio de importunarme.

-¿Con quién te ha enviado esas alhajas?

-Con un criado.

-¡Y dónde están?

Clemencia miró absorta á su marido, y palideció al ver el relámpago de avaricia que brillaba en sus ojos.

-Las he devuelto, -contestó gravemente.

-¿Y qué eran?

—Un magnífico y completo aderezo de brillantes, y despues un collar de perlas.

—Podias haberme enseñado esas joyas antes de devolverlas,—dijo con acritud el esposo.

Y levantándose bruscamente, salió de la estancia y pasó á la suya para acostarse, sin decir á Clemencia ni una palabra de despedida.

d solot as assessed 7 adaptor at

Pero sone dales ... IV. serenseció traveni-

El coronel desfallecia de dia en dia, de un modo tan triste como visible. Una pena sorda y contínua le consumia; veia á su hija llena de privaciones, á pesar de reunir su paga á la de Cárlos; la abundancia y el bienestar hubieran reinado en aquella casa á no ser por el vicio, que se tragaba los dobles recursos que la Providencia enviaba con su mano sábia y bienhechora; pero ¿qué hay que baste para los gastos absurdos de un libertino vulgar? El oro pasa entre sus manos, y va á las mujeres más viles y á los hombres más abyectos, sin que él quiera conocer su valor más que cuando ya se ve amenazado hasta de perder lo necesario á la vida, y cuando ya ha perdido todo asomo de dignidad.

Gracia procuraba consolar y animar al coronel, casi tanto como la misma Clemencia; era
una niña adorable, y adorada por todos los que
la tenian cerca; sus doce primaveras estaban llenas de encantos y de gracias. ¿Cómo de la misma
madre, cómo del mismo seno habian nacido dos
séres tan completamente distintos como Cárlos y
Gracia? Misterio era este que el padre de Clemencia no sabia descifrar.

La niña ayudaba á Clemencia en todos los